

El mercenario Sylvanus M. Spencer: un caso de malinchismo historiográfico

Armando Vargas Araya

Resumen

Se revela en este artículo el intento de ningunear a 999 costarricenses y atribuir a un solo individuo usamericano la toma de los vapores y el control del río San Juan, ejemplo de la actitud de ciertos autores que aceptan acríticamente versiones interesadas contrarias a la verdad histórica sobre la Guerra Patria (1856-1857).

Abstract

**The Mercenary, Sylvanus M Spencer:
A historiographic case of Malinchismo**

Armando Vargas Araya

This article reveals the attempt to ningunear 999 Costa Ricans and attribute to only one individual usamericano the taking of the vapors and the control the San Juan River, example of the attitude of certain authors that acritically versions contrary to the historical truth about the Patria War (1856-1857).

¿Cómo es posible que William Walker tomara el poder en Nicaragua?, se preguntaba el académico y empresario don Carlos Denton, al sintetizar la versión usamericana sobre la participación del aventurero Sylvanus M. Spencer en la Campaña del Tránsito. Lo hacía en su columna periodística semanal, con base en la formidable biografía de T. J. Stiles sobre el magnate Cornelius Vanderbilt, obra que mereció el National Book Award 2009 en la categoría de no ficción, otorgado por la National Book Foundation de Estados Unidos¹.

Don Raúl Arias Sánchez, historiador y miembro de La Tertulia del 56, le contestó que Nicaragua ha tenido

gobernantes buenos y malos, «*siendo el peor un invasor extranjero con sueños imperiales, ignorante del español, cuya gran meta era convertir a la América Central en una inmensa granja de esclavos*». Y puso en claro que el éxito de las acciones militares contra el filibusterismo fue producto de la bravura de los costarricenses y no debido a Spencer o a Vanderbilt².

Esos dos artículos de prensa espolearon mi curiosidad sobre el tema.

I

Mi propósito ahora es contribuir a descorrer, un poquito al menos, el execrable velo que ensombrece

Vargas Araya, Armando.
El mercenario Sylvanus M. Spencer: un caso de malinchismo historiográfico.
Comunicación, 2010.
año/vol. 19, EDICIÓN ESPECIAL.
Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 68-78
ISSN Impresa 0379-3974/ e-ISSN 0379-3974

PALABRAS CLAVE:

Sylvanus M. Spencer, Cornelius Vanderbilt, William Walker, Juan Rafael Mora, Filibusterismo, río San Juan, Vía del Tránsito, Guerra Patria, Costa Rica, Nicaragua.

KEY WORDS:

Sylvanus M. Spencer, Cornelius Vanderbilt, William Walker, Juan Rafael Mora, filibusterism, San Juan River, Vía del Tránsito, Patriotic War, Costa Rica, Nicaragua.

una de las hazañas inmortales de aquellos pundonorosos que, en la Guerra Patria, conquistaron nuestra Segunda Independencia Nacional. A saber, el dominio de la frontera Vía del Tránsito, específicamente la porción sobre el río San Juan y el lago de Nicaragua, logrado por un millar de soldados entre el 20 de diciembre de 1856 y el 3 de enero de 1857. Aquello fue, en opinión del egregio historiador don Rafael Obregón Loría, nada menos que «el aniquilamiento del poderío filibustero en Nicaragua, [...] la mayor gloria del ejército costarricense»³.

Para entendernos mejor, conviene definir términos. *Mercenario* es el que por la paga sirve en la guerra a un beligerante extranjero. *Malinchismo* es la actitud de quien muestra apego a lo extranjero con menosprecio de lo propio⁴. En preparación para este artículo, solicité al Dr. Richard W. Slatta, profesor de Historia en North Carolina State University, su justificación del calificativo «*mercenario estadounidense*» aplicado por él a Spencer, y respondió: «*Fue un marino que por el estipendio sirvió a una empresa particular, un aventurero de alquiler*»⁵. Dicho lo anterior sobre un *mercenario*, considérese lo siguiente sobre un *malinchista*. El pensador peruano Víctor Raúl Haya de la Torre fustigaba los «*virreinos del espíritu*» o el *colonialismo mental*, sea la alienación extranjerizante. O, en palabras de José Martí, malinchista sería aquel que mira «*con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio*». En los párrafos siguientes se comprobará cuán apropiados resultan ambos términos para el caso de estudio.

II

Costa Rica se preparó para la defensa de la independencia nacional, la integridad territorial y la soberanía política desde 1850, cuando el ejército fue reorganizado. Esta tarea la encomendó el presidente constitucional, don Juan Rafael Mora, a su hermano menor, el general don José Joaquín Mora, empresario cafetalero que había estudiado Humanidades en León y Milicia en Guatemala. La conquista, en 1848, de casi medio territorio mexicano por EE. UU. puso en alerta al país ante los designios del *destino manifiesto*. Las amenazas, en 1849, del representante de Washington en Centroamérica agravaron la valoración del futuro inmediato que se hacía en San José. La guerra civil nicaragüense de 1854 y las renovadas pretensiones sobre el antiguo Partido de Nicoya complicaron el cuadro. El proyecto colonial de establecer una república esclavista en la Mosquitia añadió rasgos azarosos a las expectativas despertadas por el nuevo Gobierno en Washington: «*La política de mi administración no será constreñida por cobardes premoniciones sobre los perjuicios que puedan provenir de la expansión*», dijo el presidente Franklin Pierce en su discurso inaugural. Costa Rica de ninguna manera se cruzó de brazos sino que elevó el número de oficiales y de milicianos en el ejército –de 5000 a 7187 en cuatro años–, trajo instructores aveza-

dos –como el polonés Fernando von Salisch– y adquirió armas modernas en Europa –500 rifles Minié y artillería suficiente–, desarrolló una doctrina propia de defensa nacional –conjunto de acciones y previsiones para permitir la supervivencia del Estado, incluidas su integridad, unidad y facultad de actuar con autonomía en lo interno y libre de subordinación en lo externo– y se aprestó para hacer la guerra. En 1855, al aparecer en Nicaragua el filibusterismo procedente del Norte, el país estaba preparado para rechazar la presagiada agresión militar.

Cuando en 1856 el Congreso de la República declaró la guerra al filibusterismo, la Administración Mora contaba con una estrategia completa que permitió repeler la amenaza y extirpar el peligro: una perspectiva amplia de las amenazas y las posibilidades, la coordinación de todas las fuerzas, el acopio de recursos y planes para su utilización antes, durante y después de las acciones. De qué calidad mundial sería aquella estrategia militar que, por vez primera en la historia, una nación del hoy denominado Tercer Mundo lograría doblegar a un ejército irregular indudablemente impelido por factores de poder de EE. UU., el *hegemon*⁶ global emergente.

Aquel año extraordinario en la saga heroica de la costarriqueñidad, fue bisiesto. Y precisamente en el día adicional, el viernes 29 de febrero, se explicitó, con la claridad que da el sol de mediodía, un aspecto crucial de esa estrategia triunfante, faceta atañedora al argumento que aquí se presenta. Las instrucciones comunicadas al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario –don Pedro Zeledón al inicio y luego don Nazario Toledo– que entablaría negociaciones de alianza castrense con los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, contienen esta directriz:

Sostendrá el Plenipotenciario la necesidad de que el Castillo Viejo sea entregado con sus elementos al Gobierno de Costa Rica para que éste lo custodie temporalmente con una guarnición respetable que impida las incursiones enemigas y garantice la seguridad no sólo de Nicaragua sino de todo Centro América, a condición de que cuando el Gobierno de Nicaragua se halle bien organizado y seguro, vuelva a entrar en posesión de dicho castillo, indemnizando previamente los gastos que hubiesen causado la reparación de sus obras, provisión de armas, su custodia desde que el Gobierno de Costa Rica lo recibe hasta que lo entrega. La razón en que se funda este proyecto es que el castillo enunciado en poder de Nicaragua ha sido ocupado alternativamente por el Gobierno, por los facciosos y por los filibusteros, protegiendo así la mala causa y exponiendo unos pocos hombres a ser víctimas de las miras hostiles del enemigo común. Se propone que sea Costa Rica el encargado de custodiarlo temporalmente por su intermediación a la República; pero si los demás Gobiernos quisiesen que lo ocupe en el mismo concepto, Guatemala o el Salvador, Costa Rica está deferente a ello,

*pues siempre se obtiene el resultado que es de esperarse*⁷.

La extensa cita anterior constituye prueba documental irrefragable de que tronchar la vena yugular del filibusterismo fue objetivo esencial desde el comienzo mismo de la Guerra Patria.



El río San Juan, visto desde El Castillo Viejo. Foto: Raúl Arias S.

Don Joaquín Bernardo Calvo, a título de Ministro de Relaciones Exteriores, ordenó a la usamericana Compañía Accesoria del Tránsito suspender la navegación de vapores por el San Juan, so pena de ataques militares contra las embarcaciones⁸. «*Para impedir que el audaz Walker reciba refuerzos, para quitarle toda esperanza de auxilio por la vía de San Juan del Norte, es preciso dominar absolutamente la navegación de ese río*», indicaba el subsecretario de Guerra, don Emilio Segura⁹. «*Eso es el alma de la empresa*», recalcó el Presidente Mora a su ministro de la Guerra¹⁰.

Todo cuando llegó a realizarse en la Vía del Tránsito durante la primera y la segunda campañas militares, está contenido *in nuce* –como inscrito en una cáscara de nuez– en las instrucciones aludidas para la forja de la alianza centroamericana contra el filibusterismo. Es falso, como aseveran autores de EE. UU. o de Nicaragua y como ponen en tela de juicio otros por estos pagos, que la iniciativa provino de Nueva York. Es mendaz el cargo de que la Administración Mora ejerció un fideicomiso circunstancial sobre las riberas del San Juan y del lago de Nicaragua con afanes de conquista territorial.

Al momento mismo de cruzar la frontera al mando del Ejército Expedicionario, el Presidente Mora ordenaba hostilizar a los vapores que navegaran el San Juan, «*para impedir que el enemigo reciba refuerzos*»¹¹. Tan pronto arribó a Rivas, el coronel Escalante regresó con instrucciones de iniciar y dirigir la campaña en los ríos San Carlos, Sarapiquí y San Juan. La víspera del memorable combate, el Presidente Mora insistió en la urgencia de estorbar la travesía del San Juan «*a todo trance, para cuyas operaciones fue comisionado el experto coronel Rafael G. Escalante*»¹².

Ese mismo día se produjo la acción del estero de Sardinal, segunda oportunidad en que las huestes filibusteras fueron batidas en territorio de Costa Rica. Tropas extranjeras subieron por el Sarapiquí en número de cien, para atacar al contingente que abría una trocha hacia la confluencia de ese río con el San Juan. Ganaron los costarricenses, aunque salió herido el general Florentino Alfaro¹³. Este triunfo se celebró mucho pues se enmarcaba en un capítulo vital de la estrategia militar. La fuerza quedó acantonada en Cariblanco, al mando del teniente coronel Rafael Orozco.

Desde Liberia, en el viaje de regreso a la capital, el Presidente Mora esbozó un plan para la toma de la Vía del Tránsito, semejante a las tácticas que se ejecutarían al finalizar el año. Escribió al Ministro de la Guerra:

*Sé de positivo que Walker, al prepararse para atacar a Rivas el 11 [de abril], dejó solo el Castillo Viejo, y clavada la artillería. Puedo casi asegurar que permanece aún abandonado. Sin embargo, al asaltarlo las tropas que manden del interior, deben obrar bajo el concepto de que puede estar custodiado. Deberá cuidarse siempre que dichas tropas lleven los útiles necesarios para abrir nuevo oído a los cañones*¹⁴, y *hombres inteligentes que ejecuten la operación. Cincuenta hombres de guarnición bastarán a guardar el castillo y paso del río, cuidando que la mayor parte sean artilleros, y que estén provistos de una embarcación al menos, que les facilite la comunicación con la gente del Sarapiquí para pedir y obtener auxilios de gente, víveres, etc.*¹⁵.

Don Juan Rafael estaba bajo la impresión de que el Ejército Nacional habría desplazado al destacamento filibustero en la boca del Sarapiquí. Tenía conciencia diáfana de que sin el tránsito franco por el San Juan, Walker podría sobrevivir poco tiempo en Nicaragua. Ya se verá cuán acertada era su estimación sobre los requerimientos para la posesión del Castillo Viejo.

El Presidente Mora reafirmó, una y otra vez durante la primera campaña, la estrategia militar diseñada para imperar sobre la Vía del Tránsito en términos que no dejan lugar a confusión alguna. «*La destrucción del filibusterismo está en los veneros que nutren esta hidra. Costa Rica puede cortar enteramente la navegación del río San Juan, y el bloqueo del Realejo y San Juan del Sur completarán la obra*», escribió a don Nazario Toledo, su enviado ante los gobiernos de Guatemala y de El Salvador¹⁶.

La peste del cólera asiático obligó a suspender las operaciones de la Guerra Patria. La falta de mapas, caminos y conocimiento de las llanuras de San Carlos y de Santa Clara entorpecían la realización de los planes. Los ríos Frío y San Carlos, así como las riberas del Sarapiquí, carecían de adecuado reconocimiento. Exceptuado el Guanacaste, solamente un dos por ciento del territorio nacional estaba trabajado en los valles intermontanos al

centro del país. El norte era aún *terra incognita*, territorio desconocido, región inexplorada. Pero don Juan Rafael sabía más que muchos sobre el Sarapiquí, el San Juan y Greytown por el comercio con Jamaica, si bien él utilizó la ruta de Matina en sus viajes a Kingston.

III

Estamos a mediados de 1856. Acaba de ser neutralizada una conspiración contra el Presidente Mora. Se ha frustrado un intento de conformar un Gobierno de unidad nacional. Amengua la peste del cólera. Las arcas del Estado están vacías. Sin embargo, se reafirma la decisión de reanudar la Guerra Patria.

Antes de hacer referencia a la segunda campaña, en lo que respecta a la Vía del Tránsito, hay que introducir al mercenario Spencer, vecino temporal de San Juan del Norte, quien por entonces es patrón del *Machuca*, pequeño vapor –casco metálico, fondo plano, 0,5 m. de calado– que navega en la parte baja del río fronterizo. El régimen de Walker ha despojado al magnate Vanderbilt de sus bienes, dándoselos en concesión a Cornelius Garrison y a Charles Morgan. Spencer sirve a Garrison y Morgan, igual que lo hará luego con Vanderbilt. ¿Cómo llegó a Greytown este aventurero, «a la deriva sobre una ola de la fortuna»?



Sylvanus M. Spencer. Fuente: Archivos MHCJS.

Nacido en una barriada pobre de la ciudad de Nueva York, huérfano en la niñez, se crió como entenado de una familia. «Se presume que su infancia fue difícil», dirá el *New York Daily Times*, «al menos llegó a ser un muchacho

bronco». Pronto se hizo a la mar y logró ascender en la brutal rivalidad de los marineros. Era locuaz, con acento típico de Manhattan, acostumbraba vestir ropa oscura y sombrero claro de jipijapa¹⁷.

Se enroló en la tripulación del clíper *Sea Witch*, que cubría la ruta de Nueva York al Lejano Oriente, y subió a primer oficial de a bordo. A mitad de 1855 partieron hacia Hong Kong con el objeto de traer a Panamá un cargamento de culíes –criados o peones chinos–. El capitán del velero, apellidado Frazier, le tenía tirria, lo maltrataba y abusaba de él en presencia de los 23 marineros. El 4 de junio, el marino estalló: «*Si seguimos en este barco, muere usted o muero yo*». Al amanecer, Spencer anunció que había hallado a Frazier asesinado en su camarote. El cónsul estadounidense en Rio de Janeiro lo mandó en cadenas a Nueva York, donde un jurado lo absolvió por falta de testigos del homicidio¹⁸. Se salvó de la horca pero nadie lo quiso enganchar de nuevo. Y entonces escoró en Greytown. Empezó como estibador y pasó a manejar el *Machuca*¹⁹. De esta manera conoció el tejemaneje de los vaporcitos, los tripulantes, las señales, los recodos, los usos y las costumbres del río. A los cuatro meses, regresó a Nueva York.

En San José, el Presidente Mora prosiguió la guerra y –esta fecha es clave– el 1° de noviembre ordenó el bloqueo de San Juan del Sur y decretó:

*La navegación del río San Juan es prohibida a toda clase de embarcaciones mientras duren las hostilidades contra los invasores del suelo centroamericano. Hallándose hoy los vapores que navegan el río San Juan bajo el dominio absoluto del filibustero W. Walker, siendo sus más activos auxiliares, serán apresados o destruidos a todo trance. Los jefes y fuerzas militares de la República harán efectiva esta declaratoria usando de cuantos medios estén a su alcance*²⁰.

Estas disposiciones fueron comunicadas a los ministros (embajadores) y agentes (cónsules) extranjeros, lo mismo que a la prensa internacional.

Como se aprecia, caen por tierra las fabulaciones de autores estadounidenses y nicaragüenses –a los que en estos lares aún se hace eco negligente–, quienes aseguran que el control del río San Juan, la captura de los vapores de la Compañía del Tránsito, la ocupación de La Trinidad –en la desembocadura del Sarapiquí–, el Castillo Viejo y el fuerte de San Carlos obedecieron a un plan urdido en Nueva York.

Aún no se ha podido precisar la fecha, la hora y el sitio en que Vanderbilt y Spencer hablaron sobre la reanudación de nuestra Guerra Patria y las inminentes acciones sobre la Vía del Tránsito, pero el magnate comprendió en el acto que el temerario marino poseía pericias aprovechables en Costa Rica. Consideraría, sin

dudas, que *el enemigo de mi enemigo, es mi amigo*. Ahí mismo lo contrató por un estipendio, le entregó una carta dirigida al Presidente Mora, más una contribución de \$40.000 al esfuerzo bélico costarricense –equivalente a \$3.000.000 en la actualidad²¹–. Lo despachó en el paquebote *Cahawba* hacia Aspinwall –hoy Colón–, para cruzar el istmo en el ferrocarril de Panamá y embarcarse hacia Puntarenas desde donde cabalgó hasta San José.

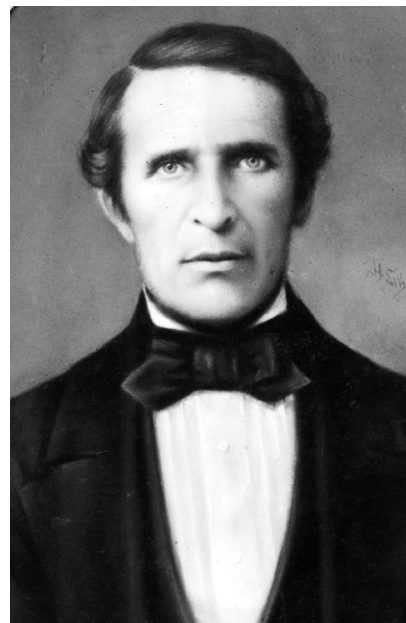
¿Y a cuento de qué la esplendidez del potentado? Pues interesadamente metía el hombro en la lucha armada contra Walker, a cambio de recuperar sus propiedades. Su mejor y más reciente biografía, dice: «*Y así Vanderbilt depositó todas sus esperanzas –el destino de millones de dólares, de una ruta primordial en el comercio con California, de una guerra en la que participaban seis naciones– en las manos de un asesino absuelto*»²².

El 28 de noviembre –cuatro semanas después del decreto que dispuso agarrar o arruinar los vapores del San Juan– arribó Spencer a nuestra ciudad capital²³. Traía una carta poder de Vanderbilt, a título de presidente de la Compañía Accesorias del Tránsito, «*para que tome posesión de todos los vapores y demás bienes de esta Compañía en el Lago de Nicaragua, en el río San Juan y en los demás ríos tributarios, y que los retenga y guarde hasta que reciba nuevas instrucciones de esta Compañía*»²⁴.

Viajó junto con el embustero inglés William R. C. Webster, el cual, «*con la maña de un timador experimentado, le sonsacó al marino parlanchín los detalles de su misión. Luego se hizo pasar como agente de Vanderbilt*», pero el magnate no avaló ninguna de sus gestiones, ni pagó alguna sus cuentas, ni quedó registro de cualquier relación entre ambos²⁵. Su pícaro compañero de viaje traía una carta de recomendación del representante de Costa Rica en Washington²⁶, don Luis Molina, a quien había impresionado con su «*verbosidad persuasiva y porte señorial, imperturbabilidad y habilidad consumada*». Un académico usamericano dice que este sujeto «*había cumplido condena en una cárcel de Baton Rouge por fraude y otras triquiñuelas delictivas*»²⁷. Un periodista que entrevistó a Walker en Rivas, escribió: «*Cuando le mencioné a Webster, sus ojos se dilataron un poquito, apenas alzó la voz sobre su acostumbrado susurro y exclamó: —¡Ese es un villano, señor! ¡Ese es un estafador, señor! Reputó como falsas las versiones de que fuese agente del magnate*»²⁸.

Una carta de Vanderbilt en 1856, hoy sería como una carta del multimillonario Bill Gates. Inmediatamente se le abrieron a Spencer las puertas de Palacio Nacional donde trabajaban en afinar el plan táctico para la ocupación del *camino real del filibusterismo* el Presidente Mora, el ministro de la Guerra don Rafael G. Escalante, el comandante general don José Joaquín Mora, el coronel George F. Cauty (cuyo padre inglés Thomas H. H. Cauty administraba un hotel josefino) y el teniente coronel Joaquín Fernández (quien había estudiado y vivido en Inglaterra). «*El*

raso de apellido Spencer, audaz delincuente americano», dice un estudio del filibusterismo, quedó incorporado al plan táctico²⁹.



El general José Joaquín Mora Porras. Fuente: Archivos MHCJS.

IV

Las hazañas costarricenses en la Vía del Tránsito han sido historiadas por el profesor Obregón Loría en 1956 y nuevamente en 1991³⁰. En acciones de precisión quirúrgica, la espada de Costa Rica yuguló al filibusterismo en el instante que se obtuvo el dominio del río San Juan y se tomaron los vapores que transportaban refuerzos de todo tipo a Walker. En diez días cayeron La Trinidad, el Castillo Viejo y el fuerte de San Carlos, se ocuparon ocho vapores y otras embarcaciones, se capturaron varias piezas de artillería y quinientos rifles tipo Minié, un centenar de filibusteros fueron apresados y expulsados de Centroamérica.

Agregado a los 200 hombres de la División de Vanguardia, al mando del mayor Máximo Blanco, Spencer dio los consejos necesarios y colaboró con base en su experiencia. Luego llegaron al río San Juan los 800 hombres del Ejército de Operaciones, comandado por el general Mora. El marino a sueldo de Vanderbilt permaneció en la zona militar 18 días, entre el 20 de diciembre de 1856 y el 6 de enero de 1857. Participó en ocho operaciones. Sin haber recibido entrenamiento militar alguno, fue uno de los atacantes en el asalto contra el puesto filibustero sobre la boca del Sarapiquí. Concurrió en Greytown a la toma mañanera de los vaporcitos *Wheeler, Morgan, Bulwer* y *Machuca*. Intervino en la captura del vapor *Scott* cerca del Castillo Viejo y colaboró en la ocupación de la

histórica fortaleza. Contribuyó a atrapar el vapor *Ogden*. Aguas arriba, fue clave en el prendimiento de la nave *La Virgen*. Asistió en la toma del fuerte de San Carlos, donde comienza el San Juan. Todas estas operaciones fueron encabezadas por el mayor Blanco. En el lago, el mercenario dirigió la aprehensión del *San Carlos*, ya bajo el mando del general Mora. En verdad, sus servicios resultaron muy útiles para Costa Rica. En opinión del coronel Faustino Montes de Oca, Spencer se portó en estas acciones como «un hombre de valor y extremada actividad»³¹. El padre Rafael Brenes, capellán de la Vanguardia, lo consideró «hombre muy importante»³².



El mayor Máximo Blanco Rodríguez, ya como general.
Fuente: Archivos MHCJS.

Sin embargo, durante esos pocos días protagonizó innumerables tensiones con los soldados. Era, en lenguaje común, un matón, un tipo jactancioso y pendenciero, cuarentón de 1,75 metros, pecoso y bigotón³³. Una vez, la tropa trató de rebelarse contra él y contra el coronel francés Pedro Barillier, que iba también en la avanzada. Ambos riñeron otro día en la boca del río San Carlos y Blanco los reprendió. Más adelante se produjo esta escena: —*Mañana pasaremos adelante y tomaremos La Trinidad* —ordenó Blanco; —*¡Qué disparate!* —comentó Spencer; —*Yo mando* —le contestó el jefe. Una mañana, hubo un disgusto entre algunos oficiales y Spencer, por una taza de café; Blanco lo regañó: —*No sea tan miserable*³⁴.

Tras la captura del *San Carlos*, Spencer notificó al general Mora su decisión, por sí y ante sí, de llevar los pasajeros a Greytown y seguir a San José «en virtud de estar cumplida la misión», lo que disgustó al Comandante en Jefe, quien dictó un parte en el que advertía que el marino «no tiene ya mando alguno en el Ejército. Por con-

secuencia, no deberán atenderse sus exigencias más allá de lo que la política exige»³⁵. El general Mora reportó al ministro de la Guerra: «*Spencer nos ha servido bien, pero la tropa le aborrece y sospecha de él, que nos ha ayudado a librarnos de Walker para vendernos a otros. [...] Como militar, no nos puede ser útil. En los días que ha estado en el fuerte [de San Carlos], mientras yo andaba en la expedición de San Jorge, ha atropellado centinelas, insultado jefes y oficiales e introducido tal desorden en fin, que a no haber vuelto yo tan pronto, hubiera sucedido alguna desgracia*»³⁶.

Prevalecidos de la carencia de recursos fiscales y aupados por la sombra protectora de Vanderbilt, Spencer y Webster negociaron un contrato para financiar al Gobierno. Aunque el primer artículo del documento no contemplaba otorgar dinero a Costa Rica sino, al contrario, recibir ellos bonos del tesoro por una suma de £25.000. El pago sería un premio por «*la posesión del río San Juan o de las propiedades de la Compañía del Tránsito, o a lo menos de los vapores del río y del lago pertenecientes a la misma compañía*»³⁷. El acuerdo no tuvo más costo que el papel sobre el cual se estampó ya que no surtió efecto por falta de la ratificación de Nicaragua, condición sin la cual no poseía validez. Webster era, a juicio del profesor Obregón Loría, «*un individuo sin escrúpulos, que se proponía hacer negocios en beneficio propio*»³⁸. Esperanzados en la plata fácil que planeaban llevarse del país, ambos «*angelitos*» ofrecieron una espléndida cena en San José a la que convidaron del Presidente de la República para abajo³⁹. En el brindis, el anfitrión cacareó: pronto tendrá usted, Señor Presidente, «*abundante dinero y pertrechos para llevar a feliz término la guerra*»⁴⁰. El «*paganini*» del banquete resultó ser un capitalista costarricense que prestó \$8000 al bribón británico, con el respaldo de una carta de crédito falsificada⁴¹. Un periodista preguntó al Presidente Mora qué opinión le merecían Spencer y Webster, a lo que respondió: —«*Ninguna cosa hay que los hombres no puedan hacer por el dinero*»⁴².

¿Fue Spencer «*el alma de la expedición al río San Juan*»⁴³? Claro que no. Era un práctico que había aprendido al dedillo la rutina operativa de los vaporcitos de la Compañía Accesorias del Tránsito, que cubrían la ruta fluvial de Greytown a San Carlos. Audaz y brioso, apoyó las tácticas adecuadas para la implementación de la estrategia general diseñada por el Estado Mayor. Tuvo dificultades disciplinarias ante la autoridad de sus jefes, el mayor Blanco y el general Mora. No importa cuán especializada fuera su contribución, ciertamente fue uno entre mil combatientes. «*¡Cuánta gloria para el mayor Blanco, poner a disposición de su gobierno la grande y difícil empresa que se le confiara contra el filibusterismo, [...] que ya ostentaba aires de triunfo paseándose en lujosos vapores sobre las aguas del San Juan*», dice un testigo contemporáneo sobre la auténtica Campaña del Tránsito⁴⁴.

A mediados de enero del 57, Spencer partió hacia EE. UU. para no volver jamás. No obstante, hasta las vísperas de su deceso mantuvo contacto con el país. Traicionado por el fulero inglés, que lo pasó por inocente en la maquinación de sus aviesos propósitos pecuniarios, escribió al Presidente Mora: «*Webster está en prisión como verá por los papeles emitidos por el honorable juez Hoffman. La gente está muy extrañada de que el gobierno de Costa Rica pueda continuar teniendo trato con gente de ese carácter*»⁴⁵. —Pero, ¿no había sido él mismo quien se enyuntó de buena gana con el engañamundos británico?

Cuando San José y Washington acordaron canalizar las demandas de reparaciones monetarias por parte de ciudadanos usamericanos, y de otras nacionalidades, afectados por la Guerra Patria, Spencer vio la posibilidad de llenar de oro sus bolsillos. Preparó un memorial, que consultó con don Luis Molina, el representante de Costa Rica en Washington, antes de presentarlo a la Comisión Mixta entre EE. UU. y Costa Rica: reclamaba \$100.000⁴⁶. El diplomático negoció con el antiguo mercenario, quien se allanó a recibir únicamente \$2.000, a cambio de entregar el documento de cesión del referido contrato suscrita por Webster —el del premio de £25.000, carente de valor legal— y de renunciar a todo ulterior reclamo⁴⁷. Spencer murió el 29 de mayo de 1862 en Williamsburg, estado de Virginia⁴⁸. A los 21 meses de haber participado en el asesinato del Presidente Mora en Puntarenas, don Francisco M^a Yglesias, por entonces Ministro de Relaciones Exteriores, propuso hacer una demostración pública a favor del finado mercenario, pero don Luis Molina opinó en sentido opuesto pues podía «*servir de arma para desvirtuar su dicho y es una prueba auténtica para exigir el cumplimiento del contrato que hice para contentarlo, no para que declarase de tal o cual manera sino para que se prestase gustoso a decir la verdad tal como le constaba*»⁴⁹.

Mr. Spencer murió como vivió, alquilándose a quien más dinero estuviera dispuesto a pagar por sus servicios. ¿Se practicaría en su época lo que hoy llaman «*periodismo de chequera*» y obtendría así una paga por los relatos novelescos sobre sus 18 días en el río San Juan? En su incesante campaña por demeritar a los héroes de la Guerra Patria, el régimen que derrocó y fusiló al Presidente Mora pretendió encumbrar a Spencer de manera póstuma⁵⁰. Con circunspección y prudencia, don Luis Molina hizo suyo, en palabras elegantes, este axioma escatológico de *Don Quijote de la Mancha*: «*Peor es meneallo, amigo Sancho*»⁵¹ o, «*mejor no revolcarla porque huele feo*».

V

La leyenda del marino de río transformado en caudillo militar se originó en San José a comienzos de 1857, desde donde algunos corresponsales describieron las supuestas proezas personales de Spencer enmarcadas en el espíri-

tu chovinista de los periódicos de Nueva York. Como se sabe, el chovinismo es la exaltación desmesurada de lo nacional o de lo local frente a lo fueño o extranjero. «Ha sido beneficioso para el carácter y el prestigio de nuestros conciudadanos aquí, que el más grande servicio jamás prestado a Costa Rica, fuera realizado por un ciudadano estadounidense», dice una crónica: «*Significa mucho para la gloria de nuestras armas y ha generado una corriente a nuestro favor que percibo en mi interacción con los nativos. Los Henningsen y los Natzmer han sido avasallados por un intrépido yankee*»⁵². Nada más fácil que ensalzar en la prensa neoyorquina los hechos de un hijo de Manhattan, a fin de despertar sentimientos de orgullo. El patrón del vapor *La Virgen*, capitán Thomas Bunker, declaró que su embarcación «*fue capturada por los costarricenses dirigidos por Spencer*»⁵³. Y el mismo mercenario se encargó de referir a la prensa sus acciones en el San Juan como si hubiese sido el actor principal, si no el único.

William Walker, escritor culto, lo introdujo en el «*salón de la fama*» del filibusterismo. Su magistral obra de propaganda *La guerra de Nicaragua*, ningunea al general Mora, al mayor Blanco y a 997 oficiales y milicianos del Ejército de Operaciones. En el libro, el protagonista de la epopeya de la Vía del Tránsito es su connacional, aunque recrimine su práctica mercenaria —porque no operó a su favor—. Para el historiador don Ricardo Fernández Guardia, la parcialidad de Walker obedece a su «*orgullo de raza y odio a los costarricenses*» que lo vencieron en Santa Rosa, en el estero de Sardinal, en Rivas y en el río San Juan⁵⁴.

A partir de 1860, el relato de Walker es texto canónico entre la mayoría de los autores anglosajones. Pocos han sido tan insidiosos como Scroggs, para quien «*no fue la espada de Mora sino el oro de Vanderbilt y la osadía de Spencer los que realizaron la proeza*»⁵⁵. En el afán de herosear el cuento, Roche inventó que el marino era hijo de un ex ministro norteamericano de la Guerra⁵⁶. Carr lo convirtió en «*ingeniero de los vapores del Tránsito, [...] eminentemente calificado*» para sobornar, en el río, a oficiales y tripulantes con la plata de Vanderbilt; además, elevó a Webster a la categoría de «*agente del gobierno británico*»⁵⁷. Un autor generalmente certero como Brown, sostiene que su nombre «*llegó a ser conocido por centenares de millares en EE. UU. como el líder de las fuerzas costarricenses*»⁵⁸. El filibusterólogo May afirma que la campaña fue urdida por Vanderbilt, planeada por Webster y ejecutada por Spencer que «*comandó una tropa de 300 costarricenses*»⁵⁹. El premio de ficción histórica se lo lleva Dando-Collins que atribuye la concepción del plan a Spencer y a Webster, quienes convencieron a Vanderbilt, que dio las armas a Costa Rica para ceder el mando de las tropas al mercenario, que había trabajado cinco años —no cuatro meses— en el San Juan y que hablaba español —lo que es incorrecto—. Este autor australiano

sugiere que la Guerra Patria se reanudó a instancias del magnate y asegura que el Presidente Mora, «sin comprenderlo él, actuó como un peón de Cornelius Vanderbilt»⁶⁰.

Sir Winston Churchill acuñó este apotegma: «La historia será benévola conmigo porque yo mismo la escribiré». Eso hizo Walker. Los demás cotorrean y fantasean bineando.

Algunos autores nicaragüenses toman la ficción *spenceriana* como inerrancia revelada. Gámez dice que el Presidente Mora «siguió al pie de la letra las indicaciones del Comodoro Vanderbilt»⁶¹. Según Salvatierra, el magnate se entendió con el marino, el Presidente Mora lo recibió con entusiasmo y levantó un ejército: «Al amparo de las maniobras de Spencer, conocedor de aquellas cosas, capturaron los vapores que allí estaban anclados»⁶². Palma sostiene que al neoyorquino «se le confió en gran parte la ejecución del plan»⁶³. Bolaños Geyer concluye que Spencer «le ha dado a Costa Rica posesión firme del río»⁶⁴. Arellano atribuye la concepción del plan al magnate y su implementación al marino, junto con el ejército de Costa Rica y un nicaragüense apodado *Petaca*.⁶⁵ Pérez apenas si menciona estos hechos en las 437 páginas de sus –por lo demás– importantes *Memorias para la historia de la revolución de Nicaragua y de la guerra nacional contra los filibusteros, 1854 a 1857*⁶⁶. Y un historiador dominicano confiere al agente de Vanderbilt el grado de comodoro –à la britanique–, capitán de navío que manda más de tres embarcaciones⁶⁷.

En nuestro país, algún autor se ha hecho eco de la fabulación entronizada por Walker, sin recurrir al indispensable *sospechómetro* que permite leer entre líneas, investigar sin cesar y exponer la realidad documentada⁶⁸. Resulta interesante el criterio del historiador Víctor Hugo Acuña cuando dice que esta fase de la guerra merece ser recordada y ser enseñada en nuestro tiempo, para ver su importancia estratégica y valorar el desempeño de Spencer, «borrado de nuestra memoria»⁶⁹. Pero lo cierto es que no se ha dado continuidad a la tarea emprendida por el profesor Obregón Loría, hace medio siglo, de preparar una historia completa sobre la Campaña del Tránsito.

Estas son mis conclusiones.

1. La estrategia militar para el dominio de la Vía del Tránsito fue acordada por el Estado Mayor del Ejército Nacional a comienzos de 1856, antes de la entrada de Costa Rica en la guerra.
2. La custodia prolongada del río San Juan y del lago de Nicaragua, incluidos el Castillo Viejo y el fuerte de San Carlos, se previó desde el inicio, a cargo de Guatemala, de El Salvador o de Costa Rica.
3. La iniciativa del Presidente Mora de cortar el *camino real del filibusterismo* no se pudo realizar en la

primera campaña en consecuencia de numerosos obstáculos.

4. La prioridad en la segunda campaña fue ocupar el río San Juan, dominar el lago de Nicaragua, capturar los vapores fluviales y los barcos lacustres.
5. El magnate Cornelius Vanderbilt colaboró con Costa Rica por interés propio ya que esperaba retomar el control de los bienes de la Compañía Accesorias del Tránsito. Aportó dinero y los servicios de un práctico clave.
6. Sylvanus M. Spencer prestó servicios al Ejército de Operaciones por 18 días en el río San Juan; desempeñó un rol valioso que merece reconocimiento. Si se quiere, sus acciones lo redimen.
7. El general José Joaquín Mora comandó el Ejército de Operaciones en el río y el lago, así como el mayor Máximo Blanco dirigió la División de Vanguardia. Ambos jefes se llenaron de gloria, junto con numerosos oficiales entre los cuales cabe mencionar a los coroneles Faustino Montes de Oca y George Cauty.
8. Derrotado Walker por los costarricenses en Santa Rosa, el estero de Sardinal, Rivas y el río San Juan, tuvo que rendirse ante el asedio de los Ejércitos Aliados de Centroamérica.
9. Walker escribió una excelente obra de propaganda filibustera en 1860, aceptada como texto canónico por autores anglosajones y seguida por autores nicaragüenses.
10. El profesor Obregón Loría inició el rescate de la memoria histórica sobre la Campaña del Tránsito, pero se impone continuar la iniciativa y preparar un relato actual y equilibrado que deje atrás el chovinismo estadounidense o el malinchismo de otros autores.
11. La Campaña del Tránsito es una hazaña grandiosa en el proceso de fundación y defensa de la independencia nacional, integridad territorial y soberanía política de Costa Rica, que conviene enseñarse a la niñez y a la juventud en escuelas y en colegios de la república.
12. Si nosotros no escribimos la historia que hicieron nuestros abuelos y padres, otros distorsionarán la memoria de nuestra nacionalidad.

NOTAS

1. Carlos Denton, «Vanderbilt y la guerra de 1856», *Tribuna Democrática* (San José), 6 de enero de 2010 – www.tribunademocratica.com/2010/01/vanderbilt_y_la_guerra_de_1856.html

- 2 Raúl Arias Sánchez, «Vanderbilt y la guerra del 56: una aclaración necesaria», *Tribuna Democrática* (San José), 19 de enero de 2010 – www.tribunademocratica.com/2010/01/vanderbilt_y_la_guerra_del_56_una_aclaracion_necesaria.html
- 3 Rafael Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991, p. 206.
- 4 Sobre malinchismo, véase de Octavio Paz, «Los hijos de la Malinche», capítulo de *El laberinto de la soledad*, en sus *Obras Completas*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993, t. 8, pp. 87-103. Véanse también de Alejandro Tomasini Bassols, «Malinchismo filosófico y pensamiento mexicano», publicado en *Chicomóztoc*, Ciudad de México: Coordinación de Humanidades – Universidad Autónoma de México, 1997, y la entrada «malinchismo» en Rodrigo Borja, *Enciclopedia de la política*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 606-607.
- 5 Comunicación personal de Richard Slatta, slatta@ncsu.edu, 16 de marzo de 2010, 07:31 a.m.
- 6 Hegemón: término griego para dominador. Hegemonía es la supremacía ejercida por un Estado sobre otros.
- 7 Manuel J. Jiménez y Faustino Víquez (Editores), *Documentos relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 57 con sus antecedentes*, San José: Tipografía Nacional, 1914, pp. 297-298.
- 8 Comunicación de Joaquín Bernardo Calvo a Joseph N. Scott, agente de la Compañía Accesoria del Tránsito en San Juan del Norte, San José, 3 de marzo de 1856, publicada en el *Boletín Oficial*, 8 de marzo de 1856.
- 9 Comunicación de Emilio Segura al Ministro de la Guerra, Rivas, 17 de abril de 1856, reproducida en *Revista de los Archivos Nacionales* (en adelante, RAN), n.º 7-8, mayo-junio 1937, p. 388.
- 10 Comunicación de Juan Rafael Mora al Ministro de la Guerra, Rivas, 16 de abril de 1856, en *Ibid.*, p. 374.
- 11 Comunicación de Rafael G. Escalante al Ministro de la Guerra, Peñas Blancas, 5 de abril de 1856, *Archivo Nacional de Costa Rica* (en adelante ANCR), *Guerra y Marina*, expediente n.º 8819.
- 12 Comunicación de Emilio Segura al Ministro de la Guerra, Rivas, 10 de abril de 1856, ANCR, *Guerra y Marina*, expediente n.º 8821.
- 13 Rafael Orozco, Informe sobre el combate de Sardinal, Muelle de Sarapiquí, 10 de abril de 1856, en Alcance al *Boletín Oficial*, 13 de abril de 1856.
- 14 Oído: agujero que en la recámara tienen algunas armas de fuego para comunicar este a la carga.
- 15 Carta de Juan Rafael Mora al Ministro de la Guerra, Liberia, 1º de marzo de 1856, ANCR, *Guerra y Marina*, expediente n.º 8827, citada por Rafael Obregón Loría, *La Campaña del Tránsito*, San José: Editorial Universitaria, 1956, pp. 215-216.
- 16 Carta de Juan Rafael Mora a Nazario Toledo, Puntarenas, 8 de mayo de 1856, en RAN, n.º 9-10, julio-agosto de 1938, pp. 521-524.
- 17 T. J. Stiles, *The First Tycoon: The Epic Life of Cornelius Vanderbilt*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2009, pp. 292-293.
- 18 *New York Herald* (en adelante NYH), 25 de enero de 1857; *New York Daily Times* (en adelante NYDT), 28 de enero de 1857.
- 19 Testimonio de Joseph N. Scott, agente en Greytwon de la Compañía Accesoria del Tránsito, en U.S. National Archives, Costa Rican Claim Convention of July 2, 1860, Record Group 70, citado por Stiles, p. 293.
- 20 Artículos 2, 3 y 4 del decreto n.º 9, del 1º de noviembre de 1856, publicado en la primera plana del *Boletín Oficial* (San José), 8 de noviembre de 1856.
- 21 Stiles, p. 294, quien se apoya en el testimonio de B. F. Rexford, comisionado de Estados Unidos, en el caso de David Colden Murray, cajero de la Compañía Accesoria del Tránsito, Costa Rican Claim Convention. El cálculo sobre el valor actual de la donación es del Sr. Denton. No se conoce evidencia documental sobre la entrega de esta contribución que aquí se da por efectiva.
- 22 Stiles, p. 293.
- 23 Se encuentran fechas diversas sobre la llegada de Spencer a San José: el 18 de noviembre dice Obregón Loría, *La Campaña del Tránsito*, p. 251; el 21 de noviembre dice Paul Woodbridge, *Los contratos Webster-Mora*, San José: Editorial Costa Rica, 1967, p. 16; el 28 de noviembre dice Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, p. 205. Se acepta la fecha de la obra más reciente, confirmada en el reportaje «War movements in Costa Rica: President Mora on Walker's prospects», datado en San José el 2 de febrero de 1857 y publicado por el NYDT, el 9 de marzo de 1857.
- 24 Manuscrito en inglés en ANCR, *Caja Relaciones 1856*.
- 25 Stiles, p. 303. Un análisis similar del plan de Vanderbilt aparece en William O. Scroggs, «William Walker and the Steamship Corporation in Nicaragua», *The American Historical Review*, vol. 10, n.º 4, Nueva York, julio de 1905, pp. 792-811.
- 26 Despacho de Luis Molina al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington DC, 18 de setiembre de 1856, ANCR, *Relaciones Exteriores*, expediente n.º 10.772.
- 27 Charles H. Brown, *Agents of Manifest Destiny: The lives and times of the Filibusters*, Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 1980, p. 379.
- 28 NYDT, 24 de marzo de 1857. Webster estuvo como filibustero en Granada, en mayo de 1856, donde estafó al representante diplomático de EE.UU., NYDT, 28 de febrero de 1857.
- 29 William O. Scroggs, *Filibusteros y financieros: la historia de William Walker y sus asociados*, edición original de 1916, Managua: Fondo de Promoción Cultural-BANIC, 1993, p. 122.
- 30 Obregón Loría, *La Campaña del Tránsito*, pp. 251-280. Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, pp. 205-222.
- 31 Clotilde Obregón Quesada (Editora), *Diarios de Faustino Montes de Oca Gamero*, San José: Editorial UCR, 2007, p. 40.
- 32 Rafael Brenes, Primera parte del Bosquejo escrito por el presbítero Rafael Brenes sobre algunos pasajes de la historia de Costa Rica, San José: Imprenta de La Libertad, 1885, citado por Francisco Montero Barrantes, *Elementos de historia de Costa Rica*, San José: EUNED, 1984, t. II, p. 38.
- 33 NYH, 29 de enero de 1857.
- 34 Máximo Blanco, «El diario del mayor don Máximo Blanco», RAN, n.º 7-8, mayo-junio de 1939, pp. 407-432. Entradas correspondientes a 14, 20, 25 de diciembre de 1856 y 3 de enero de 1857.
- 35 Obregón Quesada, p. 25.
- 36 Comunicación del general José Joaquín Mora al Ministro de la Guerra, fuerte de San Carlos, enero de 1857, ANCR, *Guerra y*

El mercenario Sylvanus M. Spencer: un caso de malinchismo historiográfico

- Marina, expediente n.º 9272, citada por Alejandro Bolaños Geyer, *William Walker el predestinado de los ojos grises*, St. Charles, MO: Impresión Privada, 1994, t. IV, p. 172.
- 37 Woodbridge, p. 46.
- 38 Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, p. 205.
- 39 «All the steamers had been taken on Lake Nicaragua and the San Juan. Immediately on the return of Spencer with the news, Webster gave a grand dinner to the President and dignitaries of San Jose», NYDT, 9 de marzo de 1857.
- 40 New Orleans Picayune, 31 de enero de 1857.
- 41 NYH, 4 de setiembre de 1857.
- 42 NYDT, 9 de marzo de 1857.
- 43 Lorenzo Montúfar, *Walker en Centroamérica*, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000, p. 534.
- 44 Brenes, p. 47.
- 45 Carta de Sylvanus M. Spencer a don Juan Rafael Mora, 5 de setiembre de 1857, ANCR, Relaciones Exteriores, citada por Woodbridge, p. 25.
- 46 Despacho de Luis Molina al Ministro de Relaciones Exteriores, Nueva York, 20 de enero de 1862, RAN, n.º 7-12, julio-diciembre 1957, p. 238.
- 47 Despacho de Luis Molina al Ministro de Relaciones Exteriores, Nueva York, 19 de abril de 1862, RAN, n.º 7-12, julio-diciembre 1957, p. 247.
- 48 Obregón Loría, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, p. 334.
- 49 Despacho de Luis Molina al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 30 de julio de 1862, RAN, n.º 7-12, julio-diciembre 1957, p. 257.
- 50 «Exaltar estos hechos era darle mayor relevancia a la figura de Mora como héroe y estratega, lo cual no convenía a los intereses de cierto grupo de la elite que para entonces lo adversaba, tanto por intereses económicos (vinculados a la actividad cafetalera) como por la administración del Estado y la detentación del poder», opinan Silvia Elena Molina Vargas y Eduardo González Ayala, *Confrontación de las memorias sobre la toma de la Vía del Tránsito*, Cuadernos de Cultura n.º 18, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2008, p. 49.
- 51 Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, capítulo 20 de la Primera Parte.
- 52 «How the expedition against the San Juan River was organized», primera plana del NYDT, 9 de marzo de 1857.
- 53 NYDN, 5 de abril de 1857.
- 54 William Walker, *La guerra de Nicaragua*, traducción y notas de Ricardo Fernández Guardia, San José: Educa, 1970, p. 335.
- 55 Scroggs, *Filibusteros y financieros...*, p. 225.
- 56 James Jeffrey Roche, *The story of the filibusters*, London: T. F. Unwin, 1891, p. 135.
- 57 Albert Z. Carr, *The World and William Walker*, Nueva York: Harper & Row, 1963, pp. 214-215.
- 58 Brown, p. 379. De las 13 notas principales en las que este autor se apoya para escribir el capítulo 16 de su libro, en el cual narra lo sucedido con las operaciones del río San Juan, «once proceden del libro de Walker (77%), y dos periódicos estadounidenses de la época (23%)», Raúl Aguilar Piedra y Werner Korte Núñez, «La campaña del tránsito, los diarios de campaña y la memoria histórica costarricense», Víctor Hugo Acuña (Editor), *Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas*, Alajuela: Museo Juan Santamaría, 2010.
- 59 Robert E. May, *Manifest Destiny's underworld: Filibustering in antebellum America*, Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 2002, p. 367.
- 60 Stephen Dando-Collins, *Tycoon's war: How Cornelius Vanderbilt invaded a country to overthrow America's most famous military adventurer*, Cambridge, MA: Da Capo Press, 2008, pp. 264, 274.
- 61 José Dolores Gámez, *La guerra nacional*, Managua: Aldilá Editor, 2006, pp. 123-124.
- 62 Sofonías Salvatierra, «Ensayo crítico sobre la Guerra Nacional», en Academia Costarricense de la Historia, *Memoria del Primer Congreso de Historia Centro América-Panamá*, 16-20 de setiembre de 1956, p. 135.
- 63 Idefonso Palma Martínez, *La Guerra Nacional: sus antecedentes y subsecuentes tentativas de invasión*, Managua: Edición del Centenario, 1956, p. 488.
- 64 Bolaños Geyer, p. 169.
- 65 Jorge Eduardo Arellano, «Costa Rica y Nicaragua en la primera mitad del siglo XIX», Managua: Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación, n.º 137-138, octubre de 2007 y marzo de 2008, p. 93.
- 66 Jerónimo Pérez, *Obras históricas completas*, impresas bajo la dirección y con notas del doctor Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, Managua: Fondo de Promoción Cultural, Banco de América, 1975.
- 67 Diómedes Núñez Polanco, «Nicaragua y el filibusterismo», Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), n.º 459, setiembre 1988, p. 23.
- 68 Enrique Guier, *William Walker*, San José: Litografía Lehmann, 1971, pp. 266-276. El profesor brasileño Hugo Assman recomendaba a sus discípulos «afinar el sospechómetro», quienes recuerdan que les «enseñó, sin reservas, una nueva forma de leer la historia y comprender la circunstancia de nuestros países»; véase Juan José Tamayo, «Muere Hugo Assman, teólogo brasileño, profesor en Costa Rica», www.tribunademocratica.com, 4 de marzo de 2008.
- 69 Víctor Hugo Acuña, *La Campaña Nacional: memorias comparadas*, Cuadernos de Cultura n.º 16, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2008, pp. 60-61.